

que desvia de la memoria el pensamiento de la muerte. La consideracion de la sepultura es poderoso remedio para curar las enfermedades del alma. No hay pasion que no se temple con el pensamiento de la muerte.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN FELIPE, padre de Sta. Eugenia, virgen, en Alejandria. Habiendo hecho dimision de la prefectura de Egipto se hizo cristiano; y estando en oracion, fué degollado por orden del prefecto Terencio su sucesor. (Véase su noticia en las de hoy.)

LOS SANTOS MÁRTIRES MACROBIO Y JULIAN, que padecieron en tiempo de Licinio.

SAN LIGORIO, mártir, en el mismo dia; el cual en el yermo donde vivia fué muerto por unos cazadores gentiles por confesar la fe de Cristo.

SAN EULOGIO, obispo, esclarecido en doctrina y santidad, en Alejandria. (Véase su noticia en las de hoy.)

SAN MAURILLO (ó MAURILIO), en Angers en Francia, esclarecido por los milagros que obró sin número. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN AMADO, obispo y confesor, en Sens.

SAN VENERIO, confesor, varon de admirable santidad, en el mismo dia: vivió vida eremitica en la isla Palmaria.

SAN AMADO, presbítero y abad, en el monasterio de Remiremont en Francia; celebre por su gran abstinencia y por el don de milagros.

SAN MAURILLO, ó MAURILIO, OBISPO DE ANGERS.

HÁCIA la mitad del cuarto siglo quiso Dios dar á todo el mundo cristiano un ejemplo nuevo de virtud en la persona de san Maurillo. Nació en Italia, siendo su patria una pequeña ciudad del Milanés, y nació de padres cristianos, mas respetables por su sólida piedad, que por su nobleza y por el papel que hacian en el imperio. Fué su primer cuidado dar á su hijo una cristiana educacion. Tuvo Maurillo la fortuna de ser instruido en la religion, y educado en la virtud por S. Martin, que al volver de la Panonia, donde dichosamente habia retirado á su madre de las tinieblas de la idolatria, haciendo otras muchas, grandes y ruidosas conversiones, se detuvo cerca de la ciudad de Milan, donde comenzó á hacer vida monástica, y criar la juventud en el temor santo de Dios y en el ejercicio de las virtudes cristianas. En la escuela de tan hábil maestro aprendió Maurillo los pri-



S. MAURILLO, O.

meros principios de aquella eminente santidad á que el cielo le llamaba; pero no la pudo disfrutar por largo tiempo. Era obispo de Milan Aurencio, arriano de profesion; y habiendo desterrado del Milanés á S. Martin, siguió Maurillo sus estudios en el monasterio, hasta que S. Ambrosio le sacó de aquel retiro para hacerle lector de su iglesia, persuadido á que no podia hacer servicio mas importante á toda la clerecia. Muy desde luego fué el ejemplo y la admiracion de todos el nuevo y jóven lector por su modestia, por su juicio y por su virtud; pero le tenia destinado para otra parte la divina Providencia.

Muerto su padre, que era gobernador de la provincia, y no proponiéndose Maurillo otra regla que lo mas perfecto del Evangelio, le pareció debia seguir el consejo del Salvador de abandonar por su amor los parientes, los bienes, y todo cuanto mas amaba en su patria. Con esta idea lo abandonó todo; y noticioso de que S. Martin era ya obispo de Tours, y que habia edificado un monasterio, el cual era como un seminario de santos, pasó á buscar á su antiguo maestro para aumentar el número de sus discípulos. Correspondieron perfectamente á las grandes esperanzas que S. Martin y S. Ambrosio habian concebido los progresos que hizo Maurillo en los caminos del Señor. A vista de su abrasado amor á Jesucristo, de su tierna devocion á la santísima Virgen, de una extrema puntualidad á todas las funciones de la vida monástica, de una asombrosa mortificacion de todos sus sentidos, de una caridad universal con sus hermanos, de una profunda humildad, de un inmutable fervor sin distincion de tiempos ni de empleos, juzgó el santo obispo de Tours, que un sugeto tan escelente, dotado de tan relevantes prendas, no debia estar como sepultado dentro de las estrechas paredes de una humilde celda. Promovióle á las sagradas órdenes, conformándose con el dictámen y con el pensamiento de S. Ambrosio cuando le ordenó de lector; y sin dar oidos á las ingeniosas evasiones que discurrió su humildad, le elevó á la dignidad del sacerdocio.

Un carácter tan augusto, como respetable á los mismos ángeles, renovó en Maurillo todos sus fervorosos deseos de aspirar á la mas encumbrada perfeccion. Aumentó los ejercicios espirituales, y añadió nuevos rigores á la austeridad de su penitente vida; y el fuego del divino amor que abrasaba su corazon no solo se dejó conocer en el sagrado silencio del altar, sino que se hizo sobre todo experimentar en los ardores y en los maravillosos efectos de su infatigable zelo.

Era la provincia de Anjou un país en que los abusos y el des-

enfreno reinaban entre los mismos cristianos; una tierra en fin inculta, silvestre y por desmontar. Fué enviado á ella S. Maurillo, y la cultivó tan dichosamente, que en breve tiempo se vió en toda ella una general y asombrosa mudanza de costumbres, correspondiendo abundantemente el fruto al trabajo del cultivo, tanto, que en pocos dias fué Maurillo un verdadero apóstol. Informado de que en una aldea de las cercanías de Angers se conservaba un templo antiguo dedicado á los dioses falsos, y que todavia concurrían á él los pueblos á ofrecer votos y quemar incienso á los ídolos, vivamente conmovido de que triunfase aun aquel resto del gentilismo en medio de la cristiandad, se trasladó á él sin otras armas que las de su fe, las de su confianza en Dios, y las poderosas de la oracion. Seria ociosa diligencia valerse de medios humanos para echar por tierra el sacrilego edificio, y así recurrió á los divinos. Púsose en oracion á vista del templo, levantó las manos y los ojos al cielo con resolucion de importunar constantemente al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo hasta conseguir la milagrosa destruccion de habitacion tan infame. Poco tiempo tuvo que esperar esta gracia. Hallábase el cielo muy sereno, y sin embargo se vió descender de él un torbellino de fuego que en nada de tiempo redujo á cenizas los ídolos y el templo. Atónitos los gentiles á vista de tan estupenda maravilla, quedaron dispuestos sus ánimos para convertirse; y despues de haberlos instruido S. Maurillo, los incorporó en el rebaño de Jesucristo. Edificó una iglesia al verdadero Dios sobre las ruinas del templo que habian consumido las llamas: sirviola por espacio de doce años, ilustrando su santa vida y sus apostólicos trabajos con prodigiosa multitud de portentosos milagros.

Cierto pobre hombre, llamado Saturno, habia nacido con las dos manos tan áridas y tan secas, que jamás habia sentido en ellas el mas mínimo movimiento, sirviéndole en suma de dos masas de carne tan disformes como inútiles. Estando una noche durmiendo, le pareció oír una voz que le decia: *Vé á buscar al siervo de Dios Maurillo; ruégale que haga sobre tus manos la señal de la cruz, y al mismo tiempo cobrarás el uso de ellas.* No esperó á que se lo mandasen segunda vez. Luego que amaneció se fué á echar á los pies del Santo, refirióle el sueño, y le suplicó que hiciese el milagro. Conociendo S. Maurillo que Dios queria autorizar su mision con aquel prodigio, hizo primero oracion, despues hizo la señal de la cruz sobre las dos manos, y en el mismo punto quedaron tan perfectamente sanas, que los que no las habian visto antes no podian creer que jamás hubiesen estado enfermas.

Trajéronle una mujer ciega, y poseida de un demonio tan furioso, que era preciso tenerla siempre fuertemente maniatada. Compadecióse el Santo de ella, y con una especie de prodigio pocas veces visto, solo con poner en ella los ojos quedó libre del demonio; y haciendo despues la señal de la cruz sobre los de la ciega, la restituyó la vista. Viniéronle á decir que los gentiles de los países circunvecinos, atemorizados del milagroso incendio que habia consumido el templo de Calona, habian juntado todos sus ídolos, y colocándolos en cierto lugar subterráneo, concurrían continuamente á él, y los rendían culto abominable. No fué menester mas para encender todo su zelo. Pasó inmediatamente Maurillo á aquel profano sitio, y con sola su presencia espantó á todos los demonios, oyéndoseles gritar con horribles aullidos: *Maurillo, ¿por qué nos persigues en todas partes? ¿tambien nos vienes á arrojar de este último atrincheramiento? ¿es posible que no nos has de conceder paces ni treguas?* Mas animado el Santo con sus quejas, hizo la señal de la cruz, y en nombre de Jesucristo los mandó que no volviesen mas á parecer. Al instante se conoció que huían los espíritus malignos, dando bramidos espantosos. Victorioso Maurillo de todo el infierno, mandó que juntasen todos los ídolos en un monte, él mismo los puso fuego, y quedaron reducidos á ceniza. Pasmados los ídolatras de aquella maravilla se convirtieron todos á la fe de Jesucristo; y aprovechándose el Santo de su primer fervor, edificó allí mismo un célebre monasterio, que muy en breve se llenó de santos religiosos, cuyas virtudes santificaron con su buen olor todo aquel contorno.

Al restituirse á la iglesia encontró en el pueblo una tropa de mercaderes, que hacían infame tráfico, mal tolerado en aquel tiempo, y pasaban á España á vender esclavos de uno y otro sexo. Uno de ellos se escapó y se refugió á la iglesia de nuestro Santo, donde postrado á sus pies le suplicó que le librase de la esclavitud. Enternecióle la vista de tan lastimoso espectáculo; y pasando á la posada del mercader, le rogó que diese libertad á aquel pobre hombre puesto que habia sido cogido por sorpresa. No moviéndose la dureza del mercader con las razones mas fuertes y mas eficaces que el Santo le pudo decir, no hubo forma de querer dar libertad al esclavo. Acudió entonces S. Maurillo á su ordinario refugio, que era el Señor. Encerróse en su iglesia: pasó toda la noche en oracion á los pies de Jesucristo, y por la mañana tuvo noticia de que estaba agonizando aquel duro mercader. Con efecto, pocas horas despues espiró, dejando preocupados á sus compañeros de un espantoso temor. Con el miedo de

que viniese sobre ellos ctra semejante desgracia, se arrojaron á los pies del Santo, deshaciéndose en lágrimas; y bien persuadidos de lo mucho que podia con Dios, le suplicaron que tuviese piedad de ellos y del difunto, alcanzándole á éste tiempo y vida para conocer su culpa, y para hacer penitencia de ella. Dejóse vencer S. Maurillo: volvió á su oracion, resucitó el difunto; y lo primero que hizo fué pedir perdon de su codiciosa dureza, y dar libertad á su esclavo: ejemplo que imitaron los demás, y todos aquellos infelices cobraron la libertad, dando palabra de que usarian bien de ella.

Hízose famoso el nombre de Maurillo con tantas maravillas; y muerto el obispo de Angers, que se cree lo era Próspero, no hubo en que deliberar para elegir á Maurillo por obispo; pero hubo mucho que trabajar para vencer la aversion que le inspiraba su humildad á todo género de dignidades. Fué preciso sacarle á fuerza de su iglesia parroquial, y conducirlo á Angers con la misma violencia: ni se pudo recabar con él que consintiese voluntariamente en su consagracion, hasta que un milagro le obligó á prestar el consentimiento. Al mismo tiempo que entraba en la iglesia catedral en compañía de S. Martin, su metropolitano, que habia tenido gran parte en aquella promocion, se dejó ver sobre su cabeza una paloma de estraordinaria blancura, la cual se mantuvo en ella hasta que se acabó la sagrada ceremonia de la consagracion. Esta la hizo S. Martin, quien aseguró que además del Espíritu Santo, visiblemente descubierto en figura de paloma, habia tambien asistido á la consagracion una multitud de espíritus angélicos. La noche siguiente la pasó toda en su iglesia el nuevo obispo, pidiendo al Señor el verdadero espíritu del apostolado; y por las maravillas que obró despues en todas las funciones, se conoció bien que habia recibido toda la plenitud. En nada se dispensó de sus primeras austeridades por las fatigas apostólicas del pontificado; antes bien las aumentó para que su zelo, como decia él mismo, fuese mas eficaz.

Pero no fueron bastantes todas las bendiciones que derramaba el cielo sobre su solicitud pastoral para desvanecer la repugnancia que sentía en verse ocupar una silla tan ilustre como elevada; disgusto que se renovó con motivo de haber muerto un niño sin el sacramento de la confirmacion, no obstante de haber sucedido sin culpa del santo prelado. Añadiéndose á todo esto el deseo de vivir desconocido, tomó en fin la resolucion de dejar el obispado, y desterrarse de la Francia para pasar en soledad el resto de sus dias. Salió, pues, secretamente de la ciudad, y encaminándose al primer puerto, encontró un navio

pronto para hacerse á la vela, en el cual se embarcó, y se fué á Inglaterra. Ya estaba en alta mar cuando se acordó que, sin advertirlo, se llevaba consigo las llaves de las reliquias de su iglesia; y como las tuviese en la mano, pensando en el modo de enviarlas, vino un golpe de mar, hizo el navío un vaiven no prevenido, y las llaves se cayeron en el agua. Movido de este accidente, levantó los ojos al cielo, y exclamó: *Esto es hecho; no volveré á la tierra que dejé hasta que parezcan estas llaves.* Luego que desembarcó tomó un vestido pobre; y deseando vivir desconocido, se acomodó por jardinero en casa de un señor, que luego se prendó de su afabilidad y de su modestia. Echando Dios la bendicion á su pequeño y deslucido trabajo, se enamoraron todos de la virtud del jardinero extranjero, y cada uno le hacia su particular elogio.

Mientras tanto, luego que el clero y el pueblo de Angers llegó á entender la fuga de su santo pastor, fué general el desconsuelo en todo el obispado. Tomaron la resolucion de buscarle en cualquiera parte del mundo donde estuviese, y para este fin fueron nombrados cuatro diócesanos, que por espacio de siete años anduvieron corriendo toda la Europa, pero siempre inútilmente. En fin, estaban esperando á que aparejase un navío que partia para Inglaterra con ánimo de embarcarse en él, cuando en la orilla del mar encontraron una piedra donde estaban grabadas estas palabras: *Por aquí pasó Maurillo obispo de Angers, tal dia y tal año.* Con este milagroso descubrimiento se animaron mas á buscarle. Embarcáronse pues, y cuando iban navegando á toda vela, de repente brincó del mar al navío un abultado pez, cuyo extraño suceso los dejó altamente sorprendidos; pero lo quedaron mucho mas cuando abriéndole encontraron en el vientre las llaves de sus reliquias. Al principio creyeron todos que sin duda se habia ahogado el santo obispo; pero la noche siguiente tuvieron todos cuatro separadamente una vision que los desvaneció este pensamiento, asegurándolos que encontrarían á Maurillo. Con efecto, luego que desembarcaron en Inglaterra, tuvieron noticia de que en casa de un señor inglés habia un extranjero, que con el nombre y oficio de jardinero ocultaba un raro mérito y una virtud extraordinaria. No les fué difícil dar con él; y habiéndole encontrado en su jardin, se arrojaron á sus pies, suplicándole con lágrimas y con ruegos que se volviese con ellos á cuidar de sus ovejas. Enternecióse el siervo de Dios; pero les dijo que habia hecho propósito de no volver á su país hasta que pareciesen las llaves de las reliquias. Mostráronselas al punto los diócesanos, y le refirieron el suceso. Cono-

ciendo entonces el santo obispo la voluntad de Dios tan declarada con aquella maravilla, se rindió á sus instancias, y consintió en restituirse á su iglesia. Es fácil concebir la admiracion y la veneracion que causaria este enlace de prodigios á los que le supieron y le vieron en Inglaterra; pero no es tan fácil imaginar la alegría y el respeto con que fué recibido en Angers de todo su amante pueblo. El historiador de su vida, que al parecer de Surio fué Fortunato, obispo de Poitiers, asegura que antes de partir de Inglaterra habia tenido una vision en que se le apareció un ángel, declarándole ser voluntad de Dios que volviese á su iglesia, y que para mayor favor le concederia la resurreccion de aquel niño que habia muerto sin confirmacion, sirviendo este acaso de pretesto á su inspirada fuga. Añade el mismo historiador, que apenas llegó S. Maurillo á Angers, cuando se fué á la sepultura del niño, la mandó abrir, y animado de una viva confianza en el Señor, hizo oracion, gimió por largo tiempo deritiéndose en lágrimas, y el fruto de su oracion fué la resurreccion del difunto, á quien administró inmediatamente el sacramento de la confirmacion, llamándole Renato, en memoria del segundo nacimiento; tomó de su cuenta su particular educacion; formóle en la virtud; y Renato hizo en ella tantos progresos, que mereció con el tiempo ser sucesor del mismo S. Maurillo. Hasta aquí el referido historiador. Este hecho, aunque se representa increíble, tiene por garantes al santo obispo de Poitiers, que vivió en el siguiente siglo: á S. Gregorio, obispo de Tours, que floreció en tiempo aun mas inmediato al milagro; y á la antigua tradicion de la iglesia de Angers, sabiamente probada en la docta disertacion que dieron á luz los canónigos de aquella catedral.

Lo restante de la vida de nuestro Santo fué una serie continuada de milagros, de admirables ejemplos de virtudes, y un dechado cabal de la vida apostólica. Nada aflojó de su primer fervor, y antes bien aumentó sus penitencias. En cuaresma no comia otra cosa que un poco de pan mojado en agua y sal, y esto una sola vez de tercer en tercer dia, durmiendo siempre sobre la dura tierra. Pero el que era tan áspero consigo, jamás lo fué con los otros; antes hacia una parte de su carácter la blandura y la mansedumbre de Jesucristo. Siempre se le encontraba de alegre y risueño semblante; ganándole los corazones de todos aquellos sus modales tan gratos como apacibles; y era dicho comun, que jamás se habia visto hombre por una parte mas mortificado, y por otra que hiciese mas amable la virtud. Con sola su presencia corregia los abusos, y así se vió mudar

de semblante toda la diócesi en el gobierno de tan santo pastor. Abolió una fiesta enteramente pagana, que duraba por espacio de siete dias, pasándose todos en danzas y en banquetes, la cual se celebraba sobre la cima de una corpulenta peña en las cercanías de Angers; y para santificar un lugar profanado hasta entonces por la disolucion edificó en el mismo sitio una iglesia en honor de la santísima Virgen. En fin, lleno de dias y de merecimientos, acabó su santa vida con la muerte de los santos el año 437, casi á los noventa de su edad, el dia 13 de setiembre. Fué enterrado en una sepultura que él mismo habia mandado hacer en una especie de cementerio cerca de Angers, y el Señor la hizo gloriosa con multitud de milagros.

SAN FELIPE, MÁRTIR.

DEL ilustre mártir S. Felipe nos dicen varios escritores, que habiendo obtenido en Roma los empleos mas honoríficos, en atencion á sus personales méritos le nombró el emperador Commodo prefecto de Egipto. Pasó á la ciudad de Alejandria, capital de su departamento, con toda su familia; y habiendo adquirido su hija Eugenia en aquella célebre universidad de Oriente los mas altos conocimientos científicos, á virtud de su aplicacion al estudio, y por ellos los de la verdadera religion, instruyendo en ellos á su padre Felipe, abrazó la fe de Jesucristo, por cuya defensa padeció martirio. Su cuerpo fué sepultado en Nitria, una de las soledades de Egipto, donde sobre su venerable cadáver erigieron los fieles una basilica, de la que despues se trasladaron sus reliquias á Roma; y concedidas parte de ellas, con las de otros Santos, por Urbano VIII, á Fr. Juan de la Anunciacion, trinitario descalzo, para que enriqueciese varios conventos de su órden; enviadas al general de la misma, dió éste á la majestad de Felipe IV las del mártir S. Felipe, quien las colocó en el real oratorio de su palacio, donde se les tributa la veneracion correspondiente.

SAN EULOGIO Ó ELOY, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA Y CONFESOR.

NACIÓ S. Eulogio en Siria, y era todavía muy jóven cuando abrazó la vida monástica en su misma patria. La herejia eutiQUIANA á la sazón se habia dividido en varias sectas, como sucede por lo comun á cuantos pierden el centro de la verdad. Estos herejes con la tiranía de sus procedimientos y el

acaloramiento de sus contestaciones y debates habian llenado de confusion las iglesias de Siria y Egipto, y una gran parte de los monges siríacos se habia hecho muy notable por la relacion de su conducta y errores contra la fe. Eulogio aprendió de los otros y de la desgracia ajena á ser mas vigilante consigo, y llegó á distinguirse tanto por la rectitud y santidad de sus acciones como por la pureza de su doctrina. Habiendo llegado á alcanzar una vasta erudicion en todos los ramos de literatura en el discurso de un dilatado estudio y aplicacion á las ciencias, se aplicó al de la Divinidad en las sagradas fuentes de ella, que son las sagradas Escrituras, y la tradicion de la Iglesia esplicada en los concilios, y aprobados escritos de autores eminentes. Desde que se retiró del mundo hizo éste su principal estudio á que todas las demas tareas eran como subsidiarias; y como su industria era infatigable, su concepcion viva y su juicio sólido, sus progresos fueron tales tambien que le calificaron muy bien para ser un campeon ilustre de la verdad, digno de ser colocado con S. Gregorio el Magno, y un S. Eutiquio, como una de las lumbreras mas brillantes de la Iglesia en la era en que vivió. Su carácter recibió un lustre mucho mayor de la sincera humildad, y del espíritu de oracion y compuncion. En los grandes peligros y necesidades de la Iglesia fué sacado de su soledad y hecho presbítero de Antioquia por el patriarca Anastasio. Mientras S. Eulogio vivió en Antioquia contrajo estrecha amistad con S. Eutiquio, patriarca de Constantinopla, y unió sus fuerzas con las de este santo prelado contra los enemigos de la verdad.

El emperador Justiniano y su sobrino Justino el menor, sucesor suyo, habian sido saqueadores del imperio, y los opresores mas crueles de sus vasallos; el primero para satisfacer su estravagancia y vanidad, y el último por saciar su avaricia y lujuria. Muerto Justino II en el año de 576, despues de un reinado de diez, fué elevado al trono imperial Tiberio Constantino, príncipe virtuoso. Aplicóse á curar las heridas causadas en el cuerpo del estado por los reinados precedentes. Entre los males que entonces afligian á la Iglesia, los desórdenes y la confusion que habian causado en ella las estravagancias y tiranía de los eutiQUIANOS pedian á voz en grito un remedio poderoso y un pastor hábil y celoso, dotado de prudencia y vigor para aplicarle con utilidad. Por muerte pues del patriarca Juan fué Eulogio elevado á la dignidad patriarcal á fines del año 583 á solicitud del emperador Tiberio Constantino, el cual habiendo reinado solos seis años y diez meses, murió en el mismo de aquella consagracion, dejando por sucesor á su yerno Mauricio. S. Eulogio tuvo que hacer un viaje

à Constantinopla cerca de dos años despues de su promocion, para concertar las medidas concernientes à los negocios de su Iglesia. En esta corte encontró à S. Gregorio el Magno, y contrajo con él una amistad santa, de modo que desde entonces no parecia haber en ellos mas que un corazon y una alma. Entre las cartas de S. Gregorio se conservan algunas escritas à nuestro Santo. S. Eulogio compuso muchas obras escelentes contra los acéfalos y otras sectas de eutiquianos. Focio nos ha conservado fragmentos muy apreciabiles de algunos de estos tratados: tambien de once discursos de nuestro Santo, de los cuales el nono es una recomendacion de la vida monástica: de sus seis libros tambien contra los novacianos de Alejandria, de los cuales en el quinto prueba espresamente que los mártires deben ser honrados. Focio no hace mencion del tratado de S. Eulogio contra los agnoetas, secta de eutiquianos: S. Gregorio Magno, à cuya censura lo sometió el autor, le envió su aprobacion diciéndole: «No he encontrado cosa alguna que no sea admirable en vuestro escrito, etc.» No sobrevivió mucho S. Eulogio à S. Gregorio, porque murió en el año de 606, ó segun otros en el de 608.

La misa es en honra de S. Maurillo, y la oracion la que se sigue:

Concédenos, ó Dios omnimente en nosotros el espíritu potente, que en la venerable de la piedad, y el deseo de solemnidad de tu confesor y nuestra salvacion. Por nuestro pontífice S. Maurillo, se auSeñor, etc.

La Epistola es del capitulo 10 del libro de la Sabiduria.

El Señor ha conducido al justomas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido; sino le libró de los pecadores, y bajó con él à la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos à los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES.

Protegióle contra sus enemigos, y no abandonó al hombre justo. Nada temas, alma de poca fe; harías à Dios una grande injusticia si desconfiaras de su bondad, ó si solo tuvieras en él una confianza poco firme: mejor sabe que tú misma lo que puedes, y lo que eres capaz de llevar. Sobradas esperiencias tienes cada dia de tu flaqueza, y debieras vivir desengañado de tí propio y de tus resoluciones. Quien oyese alguna vez nuestros propósitos, y quien viese nuestra actual constitucion, creeria que ninguna cosa del mundo seria capaz de derribarnos, ni aun de hacernos titubear; y habiendo dicho con S. Pedro: *aunque me sea preciso morir contigo esta noche, no te abandonaré, no te negaré;* basta despues el miedo ó la tentacion de una infeliz criada, para negar cobardemente al Salvador. ¡O qué flacos somos! mas por lo mismo que es lastimosa nuestra miseria, nos es muy provechosa nuestra propia esperiencia, para desviarnos de todo apoyo, de todo recurso à nuestras fuerzas, ni à nuestra virtud. Conozcamos, pues, lo que somos; es decir, hasta donde llega nuestra miseria y nuestra flaqueza; pero este conocimiento experimental no nos debe desalentar. *Cuando soy flaco,* decia S. Pablo, *entonces soy fuerte.* Mas que nuestra flaqueza nos perjudica nuestra propia estimacion. No tentemos à Dios; pero pongamos en él toda nuestra confianza. No salimos con lo que intentamos, porque queremos ser los artifices de nuestra fortuna, ó à lo menos los principales autores de nuestros proyectos. Nunca nos desalentemos à vista de nuestras faltas: como no las amemos, y como no haya entre ellas siquiera una que tengamos cierto secreto deseo de perdonar, nunca servirán de estorbo à nuestra dicha. Las que únicamente detienen el curso de las gracias, y van debilitando al alma sin adelantar apenas un paso hácia Dios, son las reservas y las escepciones. Si detestas verdaderamente todas tus imperfecciones, y si las abandonas todas al espíritu de Dios, él las devorará como el fuego devora la paja; pero antes de librarte de ellas, se servirá de ellas para librarte à tí de tí mismo. Emplearás en humillarte, en confundirte, en crucificarte, en arrancar de tu corazon todo recurso, toda confianza en tí mismo. Quemará las varas despues de haberte golpeado, para hacerte morir à tu amor propio. Humillémonos constantemente bajo la mano de Dios. Nuestros inquietos temores de lo futuro solo sirven para atormentarnos, y para hacernos padecer inútilmente. Dichoso el hombre que pone en Dios toda su confianza.

El Evangelio es del capítulo 16 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos las máximas necesarias para conseguir la vida eterna, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame; porque el que quiera salvar su alma, la ha de perder, esto es, retraer de las delicias del siglo; y el que así la perdiere por mí,

la ganará. ¿De qué aprovecha al hombre lograr todas las cosas del mundo, si pierde su alma? ¿O qué equivalente dará por ella el hombre? Sabed, que el Hijo del hombre ha de venir al juicio universal en la gloria de su Padre con sus ángeles: y entonces remunerará á cada uno según sus obras.

MEDITACION.

De la confianza en Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la confianza en Dios es una esperanza firme, y una seguridad moral de que Dios no solamente puede, sino que quiere hacer lo que deseamos y le pedimos, de que nos facilitará y proporcionará los medios necesarios para unirnos á él; y que habiéndonos ya dado á su propio Hijo, y las primicias de su divino espíritu, como en arras y en prendas de nuestra salvacion, nada nos puede negar ya de lo que sea necesario para conseguirla, con tal que le pidamos como debemos. Y con efecto, pues quiso entregar su propio Hijo á la muerte por nuestro amor, ¿qué mayor fundamento podemos desear para poner en él toda nuestra confianza? ¿no debemos esperar que nos querrá librar de todos los peligros, con tal que le seamos fieles; salvarnos, y llevarnos á su reino, sin lo cual de nada servirían todas las demás gracias? El mismo nos exhorta á esta confianza en toda la Escritura; tanto que á ninguna otra virtud lo hace con mayor frecuencia. *Ten confianza en Dios de todo tu corazon*, nos dice por el Sabio. (Prov. 5.) *Vuelve los ojos á todos los hombres que hay en las naciones, y sabe, que ninguno esperó jamás en el Señor, que fuese confundido (Eccl. 1.)* ¿Qué hombre perseveró jamás constantemente en el servicio de Dios que fuese abandonado? ¿quién le invocó á quien él despreciase? *Nuestros padres esperaron en vos*, dice el profeta, *y vos los librasteis; clamaron á vos, y vos los oísteis; esperaron en vos, y no fueron confundidos. Dejad al Señor el cuidado de*

vosotros, y él os sustentará. (Eccl. 1.) Depositad en su pecho todas vuestras inquietudes, dice S. Pedro, porque él tiene cuidado de vuestras cosas. *Desdichados aquellos que no tienen corazon*, dice el Sabio, *y que no confían en Dios, porque Dios no los protegerá.* Ninguna cosa honra mas á Dios, que poner en él toda la confianza, esperarle todo de él, aun cuando por parte del hombre todo parece que está desesperado, como se dice de Abraham, que esperó contra la misma esperanza, y como decia el santo Job, que aun cuando Dios le quitase la vida, no dejaría de esperar en él. Poner toda la confianza en Dios, es glorificar su poder, su bondad y su misericordia; reconocer que es principio y autor de todos nuestros bienes, sin el cual nada podemos, pero con él lo podemos todo. Son inseparables de la verdadera confianza en Dios una fe viva, una esperanza firme y una ardiente caridad; pero en faltando aquella virtud, faltan tambien todas éstas.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es gran consuelo saber, que en buscando al Señor con todo el corazon, ningun bien nos faltará ni en esta vida ni en la otra. Siempre fué manantial seguro y fuente copiosa de todos los bienes una viva confianza en Dios. No se experimentan estos pronto socorros, ni esta liberal asistencia, porque se tiene una confianza defectuosa, tímida y desmayada; porque no se busca á Dios de todas veras, ni con todo el corazon. No se le busca con todo el corazon, cuando se le busca por otra cosa distinta de él; para satisfacer el amor propio, la concupiscencia, la vanidad ó la pasion. No se le busca en verdad, ó con todas veras, cuando se le busca por otro camino que el que Jesucristo nos trazó, y por otros medios que los que nos prescribe el Evangelio. La vida ajustada; la fidelidad á las obligaciones del cristianismo, y á las particulares del estado de cada uno; la esperiencia que se tiene de las misericordias del Señor, reconocidas en sí mismo; la vigilancia y la aplicacion á observar sus defectos y á corregirlos; á fundarse en una sincera humildad, en el verdadero amor de Dios y del prójimo; en desprenderse de sí propio y de todas las cosas de la tierra; en traer una vida pura y verdaderamente cristiana: estos son los fundamentos de la cristiana confianza: esta confianza produce la paz de la conciencia; y esta paz domina las pasiones, calma las inquietudes, tranquiliza el alma en medio del tumulto y de los vanos deseos á que está entregado el corazon. ¡Buen Dios! ¡de cuántos vanos temores que nos afligen, de cuántas aéreas inquietudes que nos despedazan, nos

librariamos, si reinara en nuestros corazones la verdadera confianza en el Señor! Mas, ¿y por qué no reinará? ¿nos faltan motivos para tenerla? Toda nuestra religion nos predica, nos inspira esta confianza. Ninguna cosa nos puede hacer mas felices en la tierra, que la viva confianza en Dios.

¡O mi Señor! ¡y qué motivos no tengo para confiar en vuestra infinita bondad! Aumentádmela por vuestra gracia: en esta espero que de hoy en adelante será mi mas estimada virtud, y que con ella adquiriré todas las demás.

JACULATORIAS. — Esperé, Señor, en tí, y seguro estoy de que jamás seré confundido. (*Psalm. 30.*)

Bienaventurado aquel que pone toda su confianza en el nombre del Señor, y desprecia los vanos y frágiles apoyos de los hombres, que engañan á los que confían en ellos. (*Psalm. 39.*)

PROPOSITOS.

1 Gímese en el mundo al peso de las miserias, de las enfermedades, de las pasiones y de las desgracias. Pocos son los que no se quejan, y no se consideran infelices entre tantos trabajos como turban los dias mas serenos de la vida. Los proyectos mas bien concertados se desvanecen; las medidas tomadas con la mayor prudencia no corresponden; con nada se sale de lo que se intenta; ¿por qué? porque falta la confianza en Dios. Es cierto que se recurre á él para lograr el buen suceso de nuestras empresas; ¿pero se consulta primero su voluntad para intentarlas? Fórmase un proyecto, que solo reconoce por padres al amor propio y á la pasion; y despues se pide á Dios que le bendiga. ¿Esto se llama confianza en Dios? ¿y despues nos admiramos de que sea sin fruto una confianza que es tan vana? Ten en Dios de hoy en adelante una entera y perfecta confianza, respecto á todas tus cosas. Apóyate en sola su misericordia, y cuenta solo con su asistencia. Antes de formar algun proyecto, consúltale con Dios, y en la ejecucion pon en él toda tu confianza. Obra á la verdad con tanta aplicacion, como si todo buen suceso dependiera de tus diligencias y de tu industria; pero pon en Dios toda tu confianza, como si solo el Señor lo hubiese de hacer todo.

2 Siempre se necesita alguna intercesion, algun empeño para con los grandes, y para con todos aquellos de quienes se espera alguna gracia. Esto nos debe servir de motivo particular para alentar nuestra confianza en la Santísima Virgen. Despues de

Jesucristo, toda nuestra esperanza, toda nuestra confianza se ha de colocar en la Madre de Dios. Ella es, como canta la Iglesia, nuestra esperanza, nuestro consuelo y nuestra vida: *Vita, dulcedo, spes nostra*. No quiso el Hijo de Dios hacer el primer milagro sino á ruegos de su Madre; y aun, segun la espresion del Evangelio, parece que el Divino Salvador anticipó el tiempo de hacerlos, luego que la Virgen se lo suplicó. Esto prueba la confianza con que debemos acudir á Maria en todas nuestras necesidades. Renueva hoy toda tu confianza en esta Divina Madre, y háztela familiar con la oracion que se sigue:

«O mi Señora Santa Maria, despues de Dios, en tí pongo toda mi confianza. Entrégome enteramente á tu proteccion hoy, «todos los dias de mi vida, y singularmente en la hora de mi «muerte: mi alma, mi cuerpo y mi refugio enteramente en el «seno de tu misericordia: tú eres toda mi esperanza y todo mi «consuelo despues de Jesucristo. A tí recurro en todas mis «serias y en todos mis trabajos. Reconózcote por árbitra de mis «dias, y sobre todo te encomiendo el fin de mi vida, suplicán- «dote me alcances gracia, por tu intercesion y por tus mereci- «mientos, para que de hoy en adelante todos mis deseos y «todas mis acciones sean conformes á tu santa voluntad y á la «de tu querido Hijo. Amen.»

DIA XIV.

MÁRTIROLOGIO.

LA EXALTACION DE LA SANTA CRUZ, cuando el emperador Heraclio habiendo vencido al rey Cosroas la trajo desde Persia á Jerusalem. (*Véase esta historia en las de este dia.*)

SAN CORNELIO, papa y mártir, en Roma en la via Apia; el cual en la persecucion de Decio, despues de haber sido desterrado, fué mandado azotar con varas emplomadas; y luego juntamente con otros veinte y uno entre hombres y mujeres fué degollado.

SAN CEREAL, soldado, y SALUSTIA, su mujer, instruidos en la fe por el mismo S. Cornelio, en el mismo dia fueron tambien degollados.

EL MÁRTIRIO DE SAN CIPRIANO, obispo de Cartago, muy esclarecido en santidad y doctrina, en Africa: en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, despues de un cruel destierro, fué degollado junto al mar á seis millas de Cartago. La festividad de dichos santos Cornelio y Cipriano se celebra el dia 16 de este mes.

LOS SANTOS MÁRTIRES CRECENCIANO, VÍCTOR, ROSULA Y GENERAL padecieron tambien en Africa (en el mismo sitio y dia que los santos Cornelio y Cipriano.)